

*Mavi Doñate**

¿Se cree China la reina de un nuevo tablero mundial?

[Visitar la WEB](#)

[Recibir BOLETÍN ELECTRÓNICO](#)

¿Se cree China la reina de un nuevo tablero mundial?

Resumen:

La China de la era de Xi sabe que es el momento en el que se juega alcanzar en las próximas tres décadas el «sueño chino», que no es otra cosa que alcanzar el esplendor histórico que dicen que se merecen tras siglos de sentir humillaciones por parte de Occidente.

Este artículo presenta el modo en que el liderazgo chino proclama y el pueblo chino percibe las aspiraciones y el nuevo papel de la gran potencia asiática en el orden internacional emergente y se pregunta si quieren ser la reina del tablero geopolítico. Cuentan con la ventaja de que se creen el papel que deben jugar, procuran no proclamar los próximos movimientos a los cuatro vientos y, sobre todo, ejercitan la paciencia confuciana para esperar la buena oportunidad.

Palabras clave:

China, geopolítica, potencia mundial, Xi Jinping, discurso oficial, percepción internacional.

***NOTA:** Las ideas contenidas en los **Documentos de Opinión** son responsabilidad de sus autores, sin que reflejen necesariamente el pensamiento del IEEE o del Ministerio de Defensa.

Does China think it is the Queen of a New World board?

Abstract:

Xi era China knows that the time is at stake to achieve the 'Chinese Dream' over the next three decades, which is nothing less than achieving the historical splendour they say they deserve after centuries of feeling humiliation from the West. This article presents the way in which the Chinese leadership proclaims and the Chinese people perceive the aspirations and new role of the great Asian power in the emerging international order and asks whether they wish to be the queen of the geopolitical chessboard. They have the advantage of believing they have a role to play, are careful not to proclaim the next moves to the four winds, and, above all, exercise Confucian patience in waiting for the right opportunity.

Keywords:

China, geopolitics, world power, Xi Jinping, official discourse, international perception.

Cómo citar este documento:

DOÑATE, Mavi. *¿Se cree China la reina de un nuevo tablero mundial?* Documento de Opinión IEEE 131/2020.

http://www.ieeee.es/Galerias/fichero/docs_opinion/2020/DIEEEO131_2020MAVDON_geopolitica_China.pdf y/o [enlace bie](#)³ (consultado día/mes/año)

Introducción

Octubre es un mes que gusta a los chinos. Empieza con el aniversario del nacimiento de la República Popular China y algunos años, como este, coincide también con el tradicional Festival del Medio Otoño. Una luna llena gigante brilla en el cielo mientras los días, todavía con temperaturas agradables, empiezan a deslizarse sin pausa hacia el invierno que en Pekín y en todo el norte del país es muy frío por su cercanía a Mongolia.

Hay pues un ambiente de fiesta y de celebración que este año se notaba más porque el Gobierno lo ha aprovechado para visualizar la victoria de China sobre la COVID-19. Después de ocho meses, millones de chinos han viajado por ocio de forma masiva. Han llenado trenes y aviones; y con todos los que pudimos hablar aseguraban ante nuestro micrófono de un medio de comunicación extranjero que, aunque no se quitaban la mascarilla, ya no les preocupaba contagiarse.

El mensaje oficial es que el coronavirus está controlado, al menos por el momento. Y esto refuerza a la China que aspira a tener un papel más que destacado en el mundo que se está redibujando con la pandemia.

La sensación en la comunidad internacional es que la COVID-19 ha adelantado el objetivo de China de llegar al año 2050 convertida en la primera potencia mundial no solo económica, sino también militar, tecnológica y cultural, y sin derivar su sistema de gobierno hacia ninguna de las formas democráticas occidentales.

El reciente discurso del presidente chino, Xi Jinping, ante Naciones Unidas por el 75 Aniversario de su fundación hace hincapié en la idea central de su política exterior: diplomacia sobre la base de que toda la humanidad tiene un destino común. La «Xiplomacy» como es conocida ya en las embajadas europeas, en los pasillos del Ministerio chino de Exteriores o en los ámbitos universitarios. China solo quiere aportar bienestar mundial, más riqueza, un mundo más limpio y verde, asegura la letra grande de los mensajes gubernamentales.

La China de la era de Xi sabe que es ahora el momento en el que se juega alcanzar en las próximas tres décadas el «sueño chino» y lo que llama el «rejuvenecimiento de la nación» que no es otra cosa que alcanzar el esplendor histórico que dicen que se merecen tras siglos de sentir humillaciones por parte de Occidente.

Ya se sabe que un camino es más fácil (psicológicamente, al menos) si se tiene una meta y un tiempo calculado para llegar a ella. Pero ¿realmente saben que lo conseguirán? ¿en qué fase están? ¿cuál creen que es el mayor peligro interno y externo para no llegar a cumplirlo? ¿cómo ve China el resto del mundo? ¿y el resto de Asia? En definitiva, ¿se cree China la reina de esta partida en el nuevo tablero mundial?

De puertas hacia adentro

Fue hace tres años cuando en Pekín empezaron a aparecer carteles con fondo rojo y caracteres en amarillo. Trozos rectangulares de tela, o de papel plastificado, que forraban vallas en la vía pública, destacaban en las fachadas de edificios o colgaban atados en los troncos de dos árboles en el parque.

- «Esto es muy de la época de Mao, no se veían desde entonces», me dijo un día la que era la administrativa de nuestra oficina. Y es que los carteles no son otra cosa que lemas del «Socialismo con características chinas». La ideología que es en China como la argamasa a toda construcción que se hace para durar años sin derrumbarse.
- «Todos unidos en los valores socialistas, con el pueblo y en torno al líder venceremos al virus», se leía en los que se colocaron los meses pasados, pero solo hay que cambiar la palabra «virus» por conceptos como «adversidades», «peligros» o «pobreza» para igualar estos carteles a los iniciales.

En 2013, la Asamblea Nacional Popular confirmó a Xi Jinping como presidente de China, y, en 2018, se eliminó la normativa que desde hacía tres décadas limitaba el cargo presidencial a un máximo de 10 años. Xi se convierte en el presidente que más cargos ostenta desde Mao Zedong, se erige en núcleo del Partido Comunista Chino (PCCh) y su pensamiento ideológico se incluye, negro sobre blanco, en la Constitución del partido junto al de Mao.

El pueblo enseguida lo visualiza como una mezcla del Gran Timonel (Mao) y de antiguo emperador. Y, en la calle, muchos nos contaban esos días que es el «elegido para la nueva era que pondrá fin a los siglos de decadencia» de un país en el que ya no se ve como una utopía convertirse en la primera potencia mundial cuando la China popular

tenga un siglo de vida (el objetivo es para 2050 y Mao fundó la República Popular China en 1949).

El nacionalismo fomentado por un engrasado sistema de propaganda que empieza en la escuela, los mecanismos de control ciudadano que van desde los rutinarios y antiguos informantes del barrio hasta los sofisticados métodos con Inteligencia Artificial para callar cualquier voz discordante, la censura en los medios de comunicación, la falta de libertad de expresión y un PCCh que aglutina a 90 millones de miembros y está presente en todos los ámbitos de la vida cotidiana han ayudado a que al final la mayoría de la población se sienta parte importante de un destino y de una meta: el de alcanzar el «gran sueño chino» y crea que a Xi les guste la política y personalmente más o menos sea el elegido para este desafío.

Entre los observadores de la política china hay una frase que resume muy bien en qué momento se está y cuál es el sentir generalizado también internamente: «Mao hizo que China se levantara, Deng Xiaoping les hizo ricos y Xi les hará fuertes».

Pero los dirigentes chinos saben que no se puede ser fuerte fuera, si no se es dentro, y que si es necesario imponen a la fuerza la unión interna, porque ya se sabe que si algo tiene el sistema chino es que no tienen ningún pudor en hacer ostentación de la autoridad y del poder, al menos, de puertas hacia dentro.

De puertas hacia fuera

Si no te quieres enemistar con un chino al hablar de la política exterior de su país, nunca les digas que sus intenciones son ser una gran potencia habiendo «dominado», «conquistado» o «colonizado» gran parte del mundo. Esos conceptos son ofensivos para ellos. Primero porque los relacionan con ocupaciones violentas más propias de las expansiones occidentales de otros siglos, y ajenas a ellos; y, segundo, porque ha calado tanto el discurso gubernamental que defenderán que ellos solo quieren exportar calidad de vida, modernidad, y futuro. En definitiva, solo quieren ayudar a que la humanidad sea más feliz.

Es, a grandes rasgos, la bonhomía de la que hace gala en discursos públicos el propio presidente Xi, dirigentes de Exteriores y grandes magnates. Si se lo creen, o no, esto ya es otro asunto difícil de comprobar.

De entrada, todo occidental que vive aquí acaba apreciando la gran diferencia de cómo se percibe China desde fuera, a cómo se ven ellos mismos o, al menos, cómo dicen que se ven.

En Occidente, el país asiático despierta temor ante un poder que se va consolidando por su rápido desarrollo económico (por ejemplo, tiene un tercio de la deuda estadounidense) y por su avanzado desarrollo tecnológico con parte del liderazgo mundial del 5G. Y despierta temores sobre todo por su sistema político en el que la crítica principal que se le hace desde la comunidad internacional es la vulneración de derechos humanos (las últimas por el supuesto genocidio cultural y gran represión hacia la etnia musulmana uigur de la región de Xinjiang. Estados Unidos habla de detenciones masivas y campos de trabajo forzados, mientras que Pekín habla de control y prevención de acciones terroristas).

- «China nunca podrá dominar el mundo porque no exporta ningún valor», me dijo una vez un diplomático francés con nuestra mentalidad formada en la cultura europea y en el desarrollo de las democracias occidentales.

Pero a China no le interesa dominar, dicen fuentes del Ministerio de Asuntos Exteriores y, quizá aún menos, exportar valores «occidentalizados» a juzgar por cómo, en sus informativos y publicaciones, insisten en mostrar la decadencia y crisis de los mismos en el mundo. Algo que, por otra parte, es una forma de propaganda para convencer a su pueblo de que cerrar filas en torno al PCCh, de su Gobierno y de su propio sistema es lo más adecuado para el progreso del país.

No hay que olvidar, además, que China lleva en su ADN el comercio como los antiguos romanos que empezaron a expandir su Imperio en torno al Mediterráneo para inicialmente vender e intercambiar sus productos.

El proyecto personal de Xi Jinping, el ambicioso *Belt and Road*, conocido más popularmente como «La Nueva Ruta de la Seda» se ofrece como la posibilidad de comunicar más y mejor el mundo a través de infraestructuras (puentes, vías ferroviarias, aeropuertos y puertos marítimos) realizadas por China en los cinco continentes.

En la cara B, los que aseguran que es un plan solo para dar salida a sus numerosas empresas estatales, muchas de ellas obsoletas y poco competitivas, o de conseguir necesarias contraprestaciones de países de Sudamérica o de África como la explotación de yacimientos de minerales para su industria tecnológica.

China siempre responde de la misma manera a los ataques internacionales sobre la violación de los derechos humanos: «que la mejor forma de respetarlos es garantizando a su país que no va a pasar hambre».

La erradicación de la pobreza es una constante en todos los plenos del Comité Central del PCCh y lo será también en el de finales de octubre donde se trazarán el plan económico para los próximos cinco años (XIV plan quinquenal 2021-2025) con la incidencia de la pandemia de la COVID-19 en la economía global y nacional.

No se puede negar que uno de los grandes logros de China ha sido sacar de la pobreza, durante estas tres últimas décadas, a 700 millones de habitantes, pero todavía queda un margen que se debe completar este año.

Por eso los dirigentes chinos siguen lanzando, de momento, el cauto mensaje de que todavía queda mucho por hacer dentro para ser un país plenamente desarrollado; que aún son solo «moderadamente prósperos». Aunque, con prudencia y discreción, (también porque saben que pueden levantar esos recelos y porque ahora son conscientes de que su imagen ha quedado muy dañada por la gestión de la COVID-19) y, sobre todo, con pragmatismo, consideran que se están situando en una buena posición en el tablero mundial.

China nunca proclama que es mejor que otro país, asegura que jamás llevará sangre y destrucción a nadie, e incluso ha declarado su admiración hacia Estados Unidos, al que han llegado a definir como un gran país incluso cuando recibía los primeros ataques comerciales por parte de la Administración Trump y en un intento de templar la guerra comercial que vieron desde el principio que llegaba.

Eso sí, hay un mensaje claro y rotundo que dan desde todos sus órganos gubernamentales cuando otro país cuestiona su forma de resolver, por ejemplo, sus problemas territoriales con Hong Kong, Tíbet, Xinjiang o con Taiwán al que Pekín considera parte de su territorio, al igual que casi todo el mar de China meridional. El

discurso entonces es más nacionalista, no toleran las injerencias y defienden su derecho a tomar decisiones como país soberano.

La cadena británica de televisión *BBC* recogió hace dos años la contestación de Xi Jinping ante unos mandatarios extranjeros cuando hablaban del papel principal de China en el mundo:

- «China no exporta revolución, tampoco hambre o pobreza y, por último, China no te produce un dolor de cabeza cuando llega. ¿Qué más se puede pedir?».

Desde que Xi llegó a la presidencia del país ha visitado más de 70 países y ha sabido con maestría colocar a China en la primera fila de acuerdos y tratados que además ha abandonado Estados Unidos. Desde el Acuerdo de París para la lucha contra el Cambio Climático, al Transpacífico de Cooperación Económica. China además integra el BRIC (alianza de Brasil, Rusia, India, y Sudáfrica, los países más adelantados de las economías emergentes) y la ASEAN (asociación de once países del Sudeste Asiático) en la que, a pesar de las tensiones con otros países asiáticos por los dominios del mar del Sur de la China, Pekín sigue siendo el principal socio comercial de los mismos.

En los últimos años, China ha afianzado también las relaciones con el Japón del ex primer ministro Shinzo Abe, y con Corea del Sur. Ambos países son aliados de Estados Unidos, pero además de por motivos económicos, Pekín sabe que son esenciales para el proceso de pacificación en la región frente a la hasta ahora cíclica amenaza de Corea del Norte.

Las fichas ante un nuevo tablero

Un buen y reciente ejemplo del discurso de China hacia el exterior y de cómo se percibe en el interior o, mejor dicho, cómo quieren que lo vea la población, gira en torno a los mensajes que Xi Jinping grabó para ser escuchados en el 75 aniversario de la fundación de Naciones Unidas.

El presidente chino ofreció ayuda global para superar la pandemia, reiteró su compromiso para trabajar por el multilateralismo, pidió a la ONU mantenerse firme en la defensa del estado de derecho y, una vez más, anunció medidas contundentes en su país para alcanzar el pico de emisiones de dióxido de carbono antes de 2030 y lograr la neutralidad del carbono antes de 2060.

No son mensajes totalmente nuevos (aunque sí ampliamente difundidos durante días en los rotativos oficiales como el *China Daily* o el *Global Times*) porque incluso en la comparecencia diaria del portavoz de Exteriores, y a preguntas de los periodistas, se han avanzado medidas más concretas dentro de estos ejes como puede ser el precio asequible al que China podría vender su vacuna anti-COVID-19 a los países que la demanden.

Para cualquier analista que haya seguido estos años a Xi, poco puede encontrar de nuevo en su discurso ante la ONU, apenas nada diferente a la línea ya marcada por él incluso con el coronavirus.

Pero es interesante ver cómo su ministro de Exteriores, Wang Yi, resume los discursos y qué destaca de ellos.

Recogidas sus palabras de la CCTV, la televisión estatal, Wang Yi afirma que «Las contundentes declaraciones de Xi tocaron la fibra sensible de la mayoría de la comunidad internacional y marcaron el rumbo correcto para reformar el sistema de gobernanza global», o que «La declaración de alto nivel demuestra la visión global y el firme compromiso de China como un país importante».

En cuanto a la COVID-19, el titular de relaciones externas asegura que «Muchos países han declarado que la experiencia de China ha demostrado ser eficaz en la práctica».

Pero son conscientes de que la gestión de la COVID-19 de China para el mundo (son el supuesto epicentro y secretismo inicial) ha puesto más piedras en su camino internacional que ya estaba bastante angosto desde que hace dos años y medio. Estados Unidos empezará subiendo los aranceles a las exportaciones de productos chinos.

China defiende la globalización porque se ha beneficiado durante décadas de ella desde que era el «taller del mundo».

Ahora se encuentra con el rival geoestratégico de la primera potencia mundial poniéndoles vallas y vallas en un campo que habían tenido abierto. Además, no creen que si Joe Biden ocupase la Casa Blanca cambiaría mucho la política para China como aseguran fuentes de Exteriores.

Desde ese marzo de 2018, han visto cómo su carrera tecnológica también se está frenando por las sospechas de espionaje, utilización irregular de datos, o robos de propiedad intelectual, que vierte Estados Unidos sobre el gigante chino y al que siguen otros países de Europa con la retirada de los contratos con Huawei, por ejemplo, para la implantación del 5G.

La Administración Trump veta y condiciona en Estados Unidos hasta aplicaciones chinas como Wechat (el Whatsapp chino) o TikTok.

Las tensiones entre las dos potencias se ven ya por algunos expertos como una Guerra Fría en la que salen dañados hasta periodistas (China ha expulsado a 17 periodistas de nacionalidad norteamericana y australiana después de que Washington limitase también los visados de periodistas chinos) y diplomáticos (los cierres de los consulados chino en Houston y del estadounidense en Chengdu).

En China, también se ha repetido como un mantra que en una guerra no gana nadie, que como mucho se sobrevive y quizá, por eso, en el nuevo tablero mundial solo esperan que se despeje un poco el panorama y, de momento, vadear el temporal.

Una de las consecuencias de este clima de tensión es el aumento del nacionalismo interno, lo que deriva en una mayor demostración individual y colectiva del orgullo de ser chino y de un mayor rechazo al extranjero.

Así que hay menos discreción, quizá, a la hora de proclamar su fuerza, pero también en este punto del juego, si quisieran ser la reina del tablero saben que la estrategia de todo buen jugador lo primero es creérselo. Después que no se pueden proclamar los próximos movimientos a los cuatro vientos y, sobre todo, que hay que tener paciencia confuciana (y en esto son maestros) para esperar la mejor oportunidad.

*Mavi Doñate**

Corresponsal de TVE en Asia